TU SEGURO SERVIDOR

por Luis C. González del Pozo

***Pre**: Este es el mismo relato de «presentación» que estuvo disponible durante los meses de febrero y marzo de 2002. Lo curioso de este cuento, es que, la editorial «UVE», la presentó como una «amenaza real» que sufriera el editor en jefe José Antonio Valverde. Si es verdad o se trataba de un truco publicitario, lo ignoro, pero de todas formas, la historia es sumamente original.*

Tal vez hayas oído hablar en alguna ocasión de esos fenómenos que los técnicos denominan «impregnaciones». No son, sino las pruebas más palpables de que más allá de la muerte hay otro mundo. Otro mundo infinitamente más cierto que el habitualmente conocido como real, que ni es real, ni, mucho menos, conocido.

Porque, para comprenderlo, habríamos de desentrañar los misterios del más allá, del único Universo sólido y verdadero, que envuelve, domina y maneja cada uno de nuestros actos, de nuestras libertades...

*** * ***

Hace pocos años, un reportero fotografiaba en la calle la llegada de famosos al estreno de una película estelar. Al revelar en su casa los negativos, observó en uno de ellos cierta mancha difusa que, en principio, atribuyó a cualquier defecto del material. Al ampliar en positivo, apareció sobre el papel la inconfundible silueta de una persona suspendida en le aire. Intrigado, consultó los archivos del periódico. No cabía la menor duda: había fotografiado la caída de un suicida que, meses atrás, se arrojó desde el último piso del edificio contiguo al cine.

Un grupo de excursionistas acampó en la proximidad de un viejo castillo. Al caer la noche decidieron, antes de retirarse a sus tiendas de campaña, jugar un rato a las cartas al abrigo de los semiderruidos muros. Cuando más enfrascados se encontraban en su partida, vieron aparecer un caballero, ataviado a la usanza medieval, que cruzó la estancia en silencio, sin apartar un instante del grupo sus ojos luminosos, casi fosforescentes. Antes de que los asombrados espectadores pudieran reaccionar, se había filtrado por entre las piedras de la pared opuesta.

En noches sucesivas, comisiones de expertos trataron de reproducir el fenómeno; con escaso éxito. Sólo consiguieron escuchar un salvaje grito de agonía, mezclado con entrechocar de espadas.

En la actualidad, la zona permanece cercada y los curiosos han de obtener permiso para visitar las ruinas.

Seguramente habrás oído muchas historias de este tipo. Historias de aparecidos que rondan el lugar en el que murieron violentamente. Estas son las llamadas «impregnaciones», los leves resquicios por los que el mundo real nos advierte su constante presencia. Y las apariciones resultan tanto más perceptibles, cuanto más atroces hayan sido las circunstancias de la muerte.

Antes de seguir adelante, quiero que sepas que cuanto acabo de escribir es cierto. En realidad, me conformo con que lo consideres posible.

En cualquier caso, por microscópica que fuera la duda que ya tienes en el cuerpo, bastaría a mi propósito. Sé que, fatalmente, dentro de unos días consultarás libros sobre el tema y te convencerás. Los hay cientos. De momento, confía en mi palabra.

Yo conocía todo esto hace mucho tiempo. Sabía que los muertos tienen poderes inimaginables para los que aún permanecemos a este lado. Poderes que no siempre emplean en lo que, convencionalmente, consideramos «bien». Por algo son los amos.

Con este convencimiento y la colección de cuentos que tienes ahora en tus manos, he urdido mi plan. Y voy a explicártelo. Es simple y seguro a la vez.

El primer paso es la publicación de este relato. Dentro de unos minutos estará, totalmente mecanografiado, en el interior de un sobre. Y esta noche dormirá en el buzón de Correos. Pasado mañana lo recibirá el Jefe de Redacción. No ha sido fácil averiguar su domicilio.

Les gustará. Es original, no está mal escrito y, por si fuera poco, supone una cierta publicidad para su pomposamente llamada «Biblioteca Universal». Son, ante todo, negociantes, no lo olvides. Irá acompañado de una nota en la que explico que, por la naturaleza del cuento, prefiero no firmarlo con mi verdadero nombre. He atado perfectamente todos los cabos.

Por supuesto, lo tomarán a broma. Pero lo publicarán, seguro. Por las razones que he expuesto y «por si acaso». Podría jurar que alguno de ellos insinuará, entre sonrisas, la posibilidad de que los incluya en mi venganza si lo tiran a la papelera. Y no estará equivocado, palabra.

Sí, ahora ya puedo decírtelo. Ahora que no serías capaz, aunque te lo propusieras, de cerrar el libro y olvidar lo que has leído. Quiero que lo sepas; se trata de una venganza, maravillosamente planeada. Una venganza de la que tú, precisamente tú, eres la víctima. Y te desafío a que dejes la lectura. No podrás. ¡Inténtalo!

¿Lo ves?

El segundo paso es más sencillo. Tan sólo he de matarme...

Pero tengo una ventaja sobre tí: mi final será suave y rápido, sin ningún dolor. Todo lo contrario que el tuyo, lento, terrible, interminable...

Para que mi plan se realice a la perfección, necesito haber muerto. Porque sólo los muertos tienen poderes ilimitados. Y no me conformaré con aparecer en la placa de cualquier fotógrafo o en medio de una reunión de aburridos excursionistas. No. Yo los voy a utilizar para destruirte. A tí.

Sé lo que estás pensando en estos momentos. Que soy uno de tantos escritores aspirantes al millón o, tal vez, un pobre loco.

Te equivocas. Dentro de muy pocos días comprobarás, para tu desgracia, que estás equivocado.

Podría explicarte ahora los motivos de mi odio, la razón de esta sutil venganza que ya he comenzado a ejecutar. Me bastaría narrar con pelos y señales un suceso del que tú y yo fuimos protagonistas hace tiempo y que casi has olvidado. ¡Pero, ay, la memoria del ofendido es siempre la más sólida!

Prefiero que tú también lo tomes a broma. No quiero que sepas todavía que eres, precisamente tú, el blanco de mi odio.

Lamento tener que implicar a tantos inocentes, pero supongo que cuando la gente compra relatos de terror es porque les apetece sentir siquiera alguna leve inquietud.

Necesito que, en principio, puedas refugiarte en el mismo razonamiento que el resto de los lectores:

«En primer lugar, no es más que un cuento. Y, aunque no fuera así, ¿quién me asegura que los muertos tengan poderes sobre los vivos? ¿Quién podría asegurarme, siquiera, que exista un más allá? Y, en el peor de los casos ¿quién no tiene algún enemigo? negocios, familia, trabajo, amor... Cualquiera -sobre todo un loco- puede sentirse ofendido por la más simple de las bobadas. ¿Por qué voy a ser yo, precisamente yo?»

Así quiero que razones. Refúgiate en la multitud. Considérate seguro. Ya me encargaré yo de irte sacando poco a poco de tu confianza. De esta forma, todo será más lento, más cruel, más terrible...

¿Comprendes ya por qué no publico esos datos que solo tú podrías interpretar, esos datos que muy pronto descubrirás por tí mismo?

Ya te he dicho que voy a matarme. He escogido un veneno que adormece primero y paraliza luego, bruscamente, el corazón. No sufriré lo más mínimo.

Lo tengo frente a mí, disuelto en el vaso de whisky que beberé en cuanto llegue al próximo punto y aparte. Justamente ahora.

¡Ya está! Lo he apurado de un solo trago. Acabo de firmar mi sentencia y la tuya. No podría volverme atrás, aunque quisiera. Y no quiero. ¡Si supieras qué feliz me siento ahora que te sé irremisiblemente condenado!

Continúa leyendo tranquilo. Aprovecha el breve plazo que te concedo. Muy pronto haré que abandones la seguridad de sentirte uno más entre la multitud.

Dejaré que pasen unos días. Primero has de olvidar que has leído estas páginas. El efecto será, así, mucho mejor. Yo estaré, para entonces, en un lugar en el que el tiempo carece de sentido. Puedo esperar.

Y una noche cualquiera, cuando estés a punto de dormirte, produciré apenas un leve crujido en algún mueble de tu dormitorio. No le darás importancia.

Las maderas suenan con frecuencia al variar la temperatura...

Después será una pesadilla. Como ves, todo muy normal al principio. Encenderás la luz, pensarás en otra cosa y no tardarás en conciliar de nuevo el sueño.

Dos o tres días después, casi a punto de dormirte, notarás una rara sensación. Como si hubiera alguien más en tu cuarto. Será, tan solo, una leve inquietud que no te costará demasiado dominar.

Pero la noche siguiente se repetirá el fenómeno. Nada más apagar la luz, te estremecerás con el presentimiento de no estar solo. Muy a tu pesar, verás como se ponen en guardia tus sentidos. Imaginarás suaves roces a tu alrededor, sonidos que, de tanto desear no captar, penetrarán más y más en tus oídos. El aire de la habitación parecerá moverse, notarás ligeramente alterados por la penumbra los contornos familiares del dormitorio: la mesilla, la lámpara, los libros... Todo parecerá un poco menos real.

Tu imaginación volará hacia lo misterioso y macabro. Intentarás pensar en otra cosa, sin conseguirlo. Darás vueltas y vueltas en la cama, temeroso de adoptar definitivamente una postura que deje justamente a tu espalda el verdadero peligro.

Consultarás el reloj. Muchas veces. A intervalos de minutos, que te parecerán horas.

Despertarás con la sensación de no haber descansado apenas.

Y cada noche un poco más. Un poco más cada noche.

Hasta que, fatalmente, vuelvan a tu memoria estas páginas.

Decidirás leerlas a la mañana siguiente, a plena luz, para reencontrar la seguridad de que nada tienen que ver contigo. Pero ya será imposible, porque la duda habrá tomado cuerpo en tu predispuesto cerebro.

Y, a partir de entonces, soñarás. De forma deslavazada e incoherente. Despertarás con la angustia de no ser capaz de recordar exactamente el tema central de tus pesadillas. Con la desesperación de sentir escaparse la clave por entre tus dedos. Tratarás de concentrarte en las huidizas imágenes, con la creciente ansiedad de estar siempre a punto de atraparlas.

Repasarás, día a día, toda tu vida, en busca de lo que debiste hacer y no hiciste y también de lo que fuiste capaz de hacer.

Confeccionarás lista tras lista de posibles enemigos. Buscarás en los periódicos de los últimos meses la noticia de algún conocido que haya muerto envenenado. Llamarás por teléfono a unos y otros, escribirás cartas...

Y noche tras noche se te escapará del recuerdo el mismo sueño.

Apenas podrás comer. Te volverás más y más irritable. Estallarán tus nervios a cada instante.

La oscuridad será tu peor enemigo. Cada vez te llegará más tarde el sueño. Y una mañana, al fin, recordarás. Sabrás que llevas semanas soñando conmigo. Gritarás que no tengo derecho, por tan poca cosa. Que no quisiste hacerlo. Que te perdone...

Visitarás, uno a uno, los cementerios. No serás capaz de ir directamente al registro, para no ahogar así el último resto de esperanza.

Mirarás una a una las lápidas. Cientos de veces al día, pasarás bruscamente del alivio por no encontrarme al temor de topar conmigo en la siguiente.

Y cada noche será peor. Detrás del mínimo ruido, de cada minuto en vela, estaré yo. Mantendrás las luces encendidas y la radio funcionando. Ahora lucharás contra el sueño, porque también ahí estoy yo. Caerás rendido en cualquier sitio, en breves cabezadas que apenas aliviarán tu cansancio.

Fatalmente, acabarás encontrando mi tumba. Tus ojos intentarán negarse a leer mi nombre. Querrás convencerte de que puede tratarse de una coincidencia. Pero, por el escalofrío que recorrerá tu cuerpo, sabrás que no te queda ya la menor posibilidad a la que aferrarte.

Pedirás a gritos que acabe contigo cuanto antes. Y abandonarás el cementerio en loca carrera, volviendo atrás la cabeza a cada instante, temeroso de que surja de la fosa y me abalance sobre tí.

Y me verás. Esa misma noche me verás. Aunque tengas encendidas las luces, aunque suene la radio, me verás. Tan claramente como los excursionistas contemplaron la extraña figura medieval de mirada fosforescente.

Ahora comprenderás por qué he hecho publicar este relato, un relato que habrás leído miles de veces hasta aprenderlo de memoria, en busca del más leve fallo, del más sutil incumplimiento que te hiciera concebir esperanzas.

Ha sucedido todo. Paso a paso. ¿Verdad?

Quiero que sepas que esto es el principio. Sólo el principio de tu interminable agonía.

Porque lo peor de tu sufrimiento comienza precisamente ahora. Lo que has padecido no es nada comparado con lo que te espera.

Pero ya no vas a tener ni el ilusorio consuelo de poder buscar en estas líneas el siguiente tormento.

Porque voy a interrumpir aquí mi relato...

Ya puedes comenzar a buscar en los libros más morbosos las posibles continuaciones de mi venganza y a mezclarlas en tu propia imaginación y en tu más íntimo miedo. Paladéalas una a una, presiéntelas.

Es inútil. Ni el escritor más pervertido podría imaginar algo tan refinado y diabólico como lo que te reservo.

Destrózate en la seguridad de que te espera algo que resultará un millón de veces más terrible y cruel que todo lo que has sufrido hasta ahora.

No lo olvides. Por mucho que lo desees, el final está lejos aún. Los muertos nunca tenemos prisa. Y el ansia de acabar de una vez será más fuerte cada día. Pero ni siquiera eso te concederé.

Ni una palabra más.

Mi tiempo comienza y el tuyo se acaba. Ya noto los primeros síntomas.

El sopor...

Muy pronto te tendré a mi merced. Dentro de unos minutos habré traspasado la barrera y serán míos todos los hilos... Incluso algunos más que no he previsto. El poder de los muertos es infinito, recuérdalo.

He de darme prisa en acabar el relato. ¡Qué bien he calculado el tiempo!

Se me nubla la vista. ¡Sería terrible que el veneno...!

Todos los condenados a muerte tienen derecho a una oportunidad. Tu estás irremisiblemente condenado y ésta es la tuya: que no me dé tiempo a llegar al buzón de Correos. Antes tengo que ponerle un sello... Sólo he de bajar dos pisos y caminar treinta o cuarenta metros. Aquí mismo, en la esquina, tengo un estanco, y a muy pocos pasos también un buzón...

Hasta muy pronto.

¡Ay de tí si llegas a leer este relato!

Porque entonces sabrás que has perdido... que todo cuanto anuncio se va a cumplir...